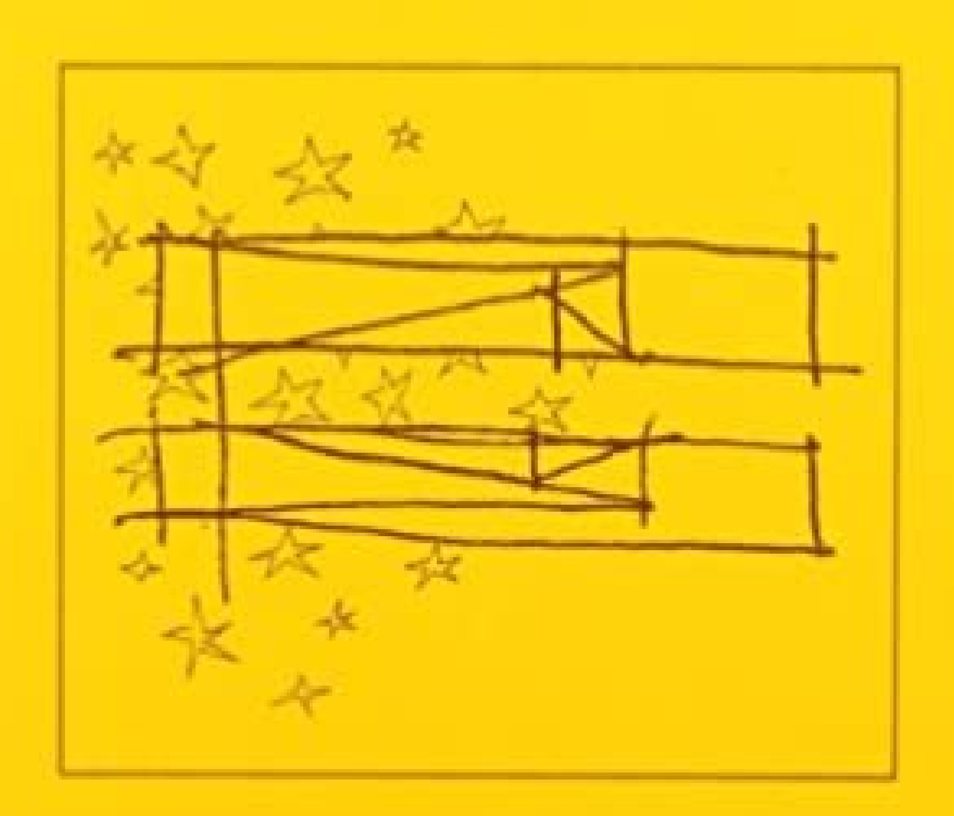
ENDYMION

Juvenal Soto

LAS HORAS PERDIDAS



poesía

JUVENAL SOTO

Las horas perdidas

"Solón de Atenas, el hijo de Ejecéstides, escuchaba en un convite a su sobrino cantar una poesía de Safo, y quedó encantado con la canción y le pidió al muchacho que se la enseñara. Al preguntarle uno que por qué se esforzaba en eso, dijo: Para aprenderla antes de morirme."

Recoge esta anécdota Juan Estobeo,
que laa toma de Claudio Eliano

Penumbra de la paloma

La rosa y los zafiros son tus bienes
y el alba con la noche tus confines,
palomas por el aire y los delfines
te anuncian cuanto falta y cuanto tienes.

Con rosas y zafiros te entretienes
y el alba con la noche son dos cines,
proyectan las imágenes de ruines
nevadas que me caen por las sienes.

La mañana es la rosa del poeta,
el zafiro la noche del profeta,
¿ha de ser la paloma esta penumbra?

Desde el mundo alzarás una cometa
que al suelo te devuelve cuando quieta
la hoguera de la vida no te alumbra.

Cementerio inglés

Son ciertos los rumores del desván:
usted lleva siglos habitando la casa,
yo años pidiéndole que baje a beber conmigo
unos sorbos de ron.
No serán mías las manos que intenten
hurgarle el fondillo; y si usted me ofreciera sus labios,
mi respuesta sería abrir la puerta para invitarla a salir.

Pretendo, sí, llevarla junto al río que cruza esta ciudad.
Allí, en un restaurante pequeño
en el que quizás podamos desnudarnos,
deseo regalarle, durante unos instantes,
joyas que fueron de mi abuela.
Lúzcalas con descaro, es un préstamo con usura.
Los comensales también eso envidiarán,
por más que su reino, señora,
los párpados tenga abiertos a este imperio de la vida,
un sueño del que nadie ha despertado
sin que intervenga usted.

No obstante, tengo un amigo en las cenizas
del que alguien se enamoró perdidamente;
tal vez por eso en las noches de tormenta
él baje a contarme intimidades:
a usted le gusta alternar con matasietes
cuya cuenta paga cobrando horas de vida.
Créame, estoy dispuesto a regalarle cuanto haya de pedirme,
siempre y cuando reconozca que en verano hace calor
y a esa evidencia añadamos esta otra:
es usted un bocado viejo,
y aun poniéndome sus muslos a la altura de la lengua,
negaré yo que usted reine a costa de la vida
y que sin ella vagaría tediosa,
falta de un tajo que llevarse al sacabuche.

La vida he dicho.
Si al mundo le faltara esa trompeta,
respóndame: ¿de qué orquesta sería usted primer violín,
en qué zarzuela abrirá una puerta
para raptar a la bella seducida?,
¿cómo amargarle el cotillón

a quien celebra la burla de vivir
bajo luces que usted alquila a bajo precio?
Cuando llegue el fin de fiesta,
qué licor habré de repartir entre mis deudos
no para que lloren mi partida,
sí para que me crean uno de esos
que pagan el almuerzo y dan las buenas tardes
antes de que baje el telón y la vedette
diga adiós envuelta en la boa.

Señora, le hablo de un burdel en el que yo
ofrezco un banquete a mis amigos.
Usted ha de ser mi postre
y, cuando suene la música primera
que abra el baile final,
no temblaré para hablarle despacio y al oído:
No aprietes tu cuerpo contra el mío,
mi vida es sólo tu falta de destreza.

Luna sin paraíso

Si escribo mujer, borro tu nombre
de árbol marino que llegó por el aire.
Si escribo luna, te hago de todos
y no me empeño en compartirte
como si fueras un verso perdido para alguien.
Escribiré la palabra no dicha,
ésa que tú ni conoces
porque soy yo quien la ahorma
según tu hueco y mi deseo.

Una palabra con zonas oscuras y radiantes,
suspensa en el centro de la noche perfecta,
que ponga sobre las aguas un camino de plata
sombreada por naranjos.
Oh, sí, naranjos y los frutos terribles del verano,
cuando el calor hace de ti el ojo bruno de la muerte
y los sapos en la alberca cantan
que agosto es el reino de la uvas,
y que allí hay un lago:
los nadadores saben tu cuerpo junto al suyo,
y la carpa roza tus rodillas
como pudiera yo rozarte con mis dedos
para tener de ti el error o la certeza.

Entre las altas ramas de la noche,
guardas la pulpa que la bestia
vendrá luego a compartir con todos:
esta libertad templada de brillar sin paraíso.

Horizonte

Has llegado a esa terraza en esta tarde
de febrero que declina y es
un pájaro amarillo que arrasara
con su bajo vuelo las ramas del olvido.

Allí, bajo su sombra, cuentan
que tu vida se enfría
junto a un vaso de agua que alguien
pide y deja porque llueve
-esta otra agua amenaza aún más frío-
sin azúcar donde empapes dos, quizás tres gotas
de la noche que para ti tampoco viene.

¿Recuerdas? -dices- y pides un café
y bebes del olvido.
¿Recuerdas?, como si yo tuviese una salida
adonde volver y verte y que tú me contaras, otra vez,
la historia de esta dama que, entre tú y yo interpuesta,
punza con sus labios el veneno de la vida.

¿Recuerdas? No sé quién eres -digo-
y yo soy el solo dueño
de esta tarde que pasa como un pájaro amarillo,
y no trina y pósase en mi hombro
y me pide pan y una jaula donde cante por mi casa
el himno de los muertos que descienden
en esta tarde de febrero que declina.

Palacio de la tinta

Los árboles de invierno tienen rostro y me saludan.
Los veo inclinados por el viento que sopla fuerte
desde mayo hasta combarlos,
y hace con sus vidas otro invierno:
éste del paseo sobre los seres
que habitan bajo el suelo.

Allí, me dices, te aguardan zarcillos y alacranes.
En sus cuevas brota la sonrisa
de quienes aquí, junto al aire fulgurante del que fuiste,
te mintieron esta fiesta de la vida.

Comparo tus palabras con los actos
de ese hombre que pone grano a las palomas:
nada hay en él de ángel o demonio,
salvo cuando en sus manos tiene
el corazón de los que pasan
y piden algo para ellos:
la libertad de los dioses.
Ese hombre, entonces, enciende un cigarrillo y mira
cómo el humo cruza las copas de los árboles
y asciende desde el suelo hasta las nubes bárbaras.

Por ese gesto y este humo algunos saben
que estás aquí con las palomas,
y que un diablo reparte su ración por las aceras;
que desde el suelo hallarás el camino
que ni a tu casa ni hasta tu pan te lleve.

Paseo de la farola

Debiera existir aquí, abierta al mar, una gran mesa
en la que mis amigos muertos piden horchata
y hablan de su futuro inmediato, tan próximo
como ese gajo de limón que aquella mujer muerde
derribando al mundo con el áspid de su lengua.

Una mesa, grande tal la dársena casi vacía del otoño,
en la que ellos y yo lamentamos
el barro en las aceras, un paraguas olvidado
en la casa de quien fuimos, el ruido
de estos coches que se alejan de la vida.

Alguien pedirá vino y música
y por eso sabremos que aquél no baila
y éste ya no bebe,
que todos somos la visita a un viejo astillero.

Allí, el rumbo de los buques
es ahora, no más, carcoma y sueño,
la estela de quien fue, hace tiempo,
gracia brava de un cuerpo entre las olas,
marinos, brújulas, la vida entera por la borda.

Debiera existir aquí una gran mesa
y un mar pequeño que cruzaríamos juntos,
saludando al que fuimos y dejamos en la tierra.

Fuente de las Tres Gracias

El círculo del mundo en esta fuente
se rompe como el cielo en la tormenta,
que de agua y fuego al círculo alimenta
y al mundo torna frío en lo caliente.

El círculo del mundo es esta fuente,
y el agua que por ella brota lenta
descubre desde el cielo la violenta
costumbre de pasar contra corriente.

Morir, apenas vivo, bajo el agua
del cielo tan terrible y de la fragua
donde hierve este paseo de la vida.

Vivir, apenas muerto, sobre el agua
del mundo que se arropa con la enagua
de tu vientre templado que convida.

Las alamedas

Bajo estos árboles comprendo aquella historia
de mujeres y manzanas:
¿de qué sirve, aquí tumbado, contemplar la eternidad?

Una canción de marineros feroces, esa música
es temblor de caderas que pasan y te llaman,
y es el instante elegido para saberte mortal.

Mortal como la música y tu cuerpo,
que hacen del tiempo este prodigio
de pámpanos, confeti, perlas y guadañas;
este prodigio, morir de eternidad.

Adjudicado al olvido

La casa está ahí, más angosta y no habitada
por el niño que huye de las sombras
jugando a ser el sol en un jardín.
La sombra del padre y la otra sombra
-sin nombrarla, tal omiten al bicho
quienes fueron mordidos por su sombra-,
terribles ambas como la umbría del dios de las albercas
o el azogue de agosto por las pérgolas.

La casa está ahí (más angosta y más fría y más oscura),
tras un jardín devastado
donde algunos pequeños dioses duermen al sol.
Debieras preguntar a ellos por el niño,
o, mejor, por el tiempo transcurrido.
Acaso entonces sepas
que tu sombra continúa por la casa, como antes,
bajo la sombra del padre y la otra sombra
-sin nombrarla-.

Nada debes inquirir a los dioses sobre el tiempo;
es un precepto que habita un solo instante
y su paso cuéntase por imágenes
que suceden a quien fuiste, quien eres o serás,
aunque dudes si mañana, como esa casa y aquel niño,
tu sombra halle al cuerpo que aun pensaste ser.

Si así ocurre, sabe ahora que la casa
y el niño y las sombras y los dioses y el jardín
son todo y nada. Tiempo son adjudicado al olvido.

Fuente de Reding

El agua del amor alumbra en esta fuente
como lámpara que fluye al agua de los muertos,
allá donde su línea sea un horizonte
de otra fuente, más oscura,
surcada por navíos que la marea empuja
hacia el calor de la que fue tu casa.

Si todas las fuentes alumbraran
el agua que contemplas,
el mundo acaso fuera esa ciudad
donde la vida tiene forma de tumulto y de granate,
cuerpo joven todavía.

Es esa el agua que pretendes,
esa fue tu casa y tú mismo fuiste ese,
allá cuando el amor era en ti demonio y maravilla.

La esfera

Si la esfera es el mundo que te dicen,
también sea redondo lo que quieres:
un libro, la ciudad, cuanto prefieres
al resto de las cosas que maldicen

del mundo y de la esfera a los que ricen
el rizo de tus versos. Si estuvieres
entre ellos, date cuenta, lo que vieres
y la esfera es el mundo que te dicen:

la luna y los caballos, esta noche,
los mares y planetas, su derroche
de esplendor, y la alquimia y el teorema,

los sonetos, la Cábala y la noche,
los amigos y el vino de otra noche,
y la esfera del mundo, este poema.

Carril de la pimienta

Suena el río su música de selvas.
Del pasado, un país de extranjeros,
algunos vuelven no para ser reconocidos,
sí para que tú los conozcas y fumes con ellos y digas:
No, tampoco serás éste.

Ni eras éste entonces,
cuando el río sonaba sus flautas
y la mañana tenía peces y viñas y templos
y entre tú y el tiempo alzábase un milagro.
Nada contaron las nubes de ningún invierno,
y el calor dibujaba un infinito sin más frutos que la tarde,
la tarde y el presagio de tu cuello ácido en verano .

Acaso sea la tarde de mi vida este sendero
y cuanto de mí queda son árboles y ríos.
No lo sabíamos entonces,
como no sabes ahora si esa música sea el cortejo
que hacia mi casa un festín anuncia para todos.
Tomad y comed, éste es mi cuerpo y mi mundo éste,
cuando ya música y tiempo ni memoria tengan de la fiesta.

Habeas corpus

La manzana tomó tu forma y la del mundo,
y más arriba sentí el frío de su lado izquierdo.

Esa lluvia corrió abajo de mi mano,
y me empapaba el bolsillo del corazón latiendo
allí conmigo, y en el prado el frío
era una forma oscura que reptaba entre álamos,
oscura y jugosa como la voz de un mirlo
que teme a la nieve y canta.

Pero no del mirlo eran mis alas
ni sació mi hambre tu bocado.
Sorbí el centro de la fruta
y en el hueso dejé escrito tu destino,
como el amante un nombre en el tronco de algún árbol.

Algunos libros

Para Sigfrido Carratalá

La historia y tu destino estaba en ellos
y la tarde infinita de tu ocaso,
la cifra fulgurante, el signo, un paso,
tu página y la selva, los cabellos

y el oro de la reina y sus destellos,
el sueño y la agonía del fracaso,
otros sueños, el vuelo de Pegaso,
las dunas y las crines, los camellos,

el dragón y la espada que lo mata,
la cintura de un cuerpo que nos ata,
el cuerpo que olvidamos si leyendo

alguno de estos libros se desata
la muerte del amor que te arrebata,
la muerte del amor que llega huyendo.

Cabo de San Vicente

Para Alicia Guerrero

Esta soledad poblada
por las aves, espuma, acantilados,
debiera ser infinita como la curva del horizonte
que frente a nosotros comba
el mundo que habitamos.

Recuérdalo.
Tu memoria y la mía ahora son una
y esta soledad casi infinita
es también tuya y para mí sólo,
puesto que el mundo
-se comba, cae, precipita a no sé dónde
cuanto de suyo hay en nosotros-
es, no haya más, aquella marca
que al pesquero empuja
tras la luz del faro.

Esta soledad de ambos,
este silencio bajo el cielo,
tu corazón, la piedra, el grito de las aves;
están aquí, temblando como un sueño
que el tiempo pudrirá en fotografías.

Aguamarina y Báltico

Para Ovidia Soto Martín

No escribo de esta piedra
el color que para tus ojos quiero.
Escribo:
de esta piedra debieran ser tus ojos
y tu acento de agua hermosa
que hacia un mar fluye.

Llevaras así por tu cuello
parte de tu cuerpo
y parte del mundo que conoces,
como si en tu corazón pámpanos creciesen
donde un hubo un tiempo de pantanos infelices
y éste otro, agosto junto al Báltico.

No escribas de tu nombre
lo mustio de esa piedra.
Escribe:
en el norte habitan mi padre y el invierno,
y más al norte, donde dicen
que el mundo se vuelca en el zafiro,
mi abuela para mí reunió las gemas
en las que están escritos mi nombre y mi futuro.
Pero África y el pan
que mi madre rompe con sus manos
son mis días de las islas,
y aquí el tiempo es ópalos,
amarillo y templado como el sueño.

No escribo de esta piedra
un color para tu vida.
Escribo más:
aguamarina y Báltico.

A una copa de cristal veneciano

No haya en Florencia un pecho
como tu curva altiva de cristal colmado por el vino,
ni tan rojo ni tan dulce, dicen,
que la cereza y el almíbar
de tu cuerpo en pie sobre la mesa.
Ningún anillo del Dux
fue tan redondo ni suave ni soberbio:
de las caderas brótante dos perlas frías
y el humo de los cigarros en ellas pone
toda esta música que aturde y me envilece,
toda esta música que hace del mundo
una taberna para faunos.

En tu filo Mozart pudo ser bermejo,
en tus entrañas alguien supo del vals y la cicuta,
Satán adivinó un jardín para tu sangre;
sea un sueño el limo en el que yaces no dormida,
sí roma como el sorbo de aquel Pound
que refrescara sus versos con cerveza
y ahora canta entre las ruinas del verano.

No haya en Florencia un pecho
(ni en Venecia un sapo)
como tu curva altiva de cristal que ya no espera
la llegada del vino a las pocilgas.

¿Verdad que todo es mentira?

Los sacerdotes del culto de quien llaman Cristo
me hablaron de él cuando yo era un niño
y frecuentaba sus iglesias acompañando a mi padre.
Después, ya enfermo éste
y desbarajustada mi madre por el tráfago
que antaño resolviera el hombre de la casa,
ellos vinieron a verle y discutieron conmigo.
No me doblegué a sus exigencias:
el cadáver de nadie debe ser transportado
bajo una cruz de la que pende un hombre clavado a ella.
Insistieron, me decían que ese hombre
era el Dios de mi padre y también el mío.
Cansado del olor a cera que emanaban sus túnicas,
harto de su curiosidad por aquel mueble o este cuadro,
les regalé la razón en parte,
más por correr hacia tus brazos
que por compartir con ellos
algo de cuanto intentaban explicarme.

Contigo y bebiendo de tu vino
tan dulce por entonces,
recordé los rasgos del más joven de los sacerdotes:
su cuerpo bregaba aún libre
bajo el lienzo negro del que sentía vergüenza
y demostró inquietud sentado allí,
frente al retrato de mi madre cuando joven.
No estaba entre los que dieron sepultura al cuerpo de mi padre.
Tras la visita a nuestra casa,
tomó un barco con destino al África -¿era Asia menor?-
para hallar su ventura en el martirio.

He leído el *Libro de los muertos*,
a veces estudio las teselas de las tumbas viejas,
creo haber descubierto un nombre
que esconde la historia de todos los magos.
Por eso y porque tu vino no es el de antes
-o porque yo busque ahora el placer del juego-,
no te entiendo cuando me afeas esa costumbre, nueva en mí,
de golpear con los nudillos la hoja de un armario:
no creo en Dios por maldecirlo,
del mismo modo que no arrojo la culpa de mi desgracia

sobre los objetos que rompo si me irrito.
¿No será que tú ya no eres joven y yo haya perdido
la fe y el afecto que les tuve a tus caderas?

No lejos del mar

Rafael Pérez Estrada , in memoriam

El cielo de septiembre
y unos peces que ni comen de tu carne.
Ya es mentira la memoria del hombre en el que habitas,
mentira como el cielo
de escamas y algas y fantasmas.

No lejos del mar hay un bosque de zarzas y de encinas
que trepan por la piedra hasta las nubes
(así sube un animal enfurecido;
así, entre versos y rastrojos).
No lejos del mar las adelfas señalan un arroyo
que baja hacia sus aguas,
y en las albercas los sapos cantan
la horrible sinfonía del otro mundo.
No lejos del mar el corazón como un torrente se desploma
entre piedras y algarrobas destempladas.
Allí, un nombre una fecha,
insoportables como el cuervo que se arropa en mi camisa.

No lejos del mar tengas amigos
y casa y huerto y un hermano
para que así el céfiro sepa de tu hacienda y te la robe.
No lejos del mar,
como si aún oyeras las sirenas de los buques
y la bandera del pirata
que al viento ondea la sonrisa de los muertos.
Aquí, en la espuma del corazón latiendo,
te esperamos: aquí tu pan y tu vino de los miércoles;
aquí, sin agua que ponga frío
al amor que revienta en esta mesa.
No lejos del mar ni de mi casa,
no lejos del dios umbrío de los peces,
no lejos de las tardes junto al mirlo,
no lejos ni cerca de los hombres.

Cuando la lluvia de septiembre moja estas aceras,
no lejos del verano sabes
que mayo es tan obscuro
como el próximo invierno descontento.
Ahora, bajo este débil sol de Bilmore,
que ni brilla y no escribe la historia de los besos.

Aquí, no lejos del mar,
el viento barre los nombres de tus cosas.

El año de la nieve

I

Mis amigos hablan de más allá del río.
La ciudad se extiende desde ahí hasta el prodigio
por placeres, milagros y paisajes.
Mis amigos cuentan
que el vino tienes allí nombre de lágrima
y son espíritus quienes lo sirven
llevándolo hasta tu mesa en cántaras
que sobre sus caderas tiemblan.

Como la enfermedad y el hastío me niegan ese viaje,
consulto a veces la horrura del aceite,
que, según sea de este o aquel año,
me confirma y niega las leyendas de mis amigos.

Han perdido el tiempo en su pasión
-*la Pasión* la llaman ellos-
por perseguir en primavera a unos carros
que transportan dioses casi desnudos,
sujetos a un aspa, entre bandas que baten tambores
y devastan el sueño haciendo sonar trompetas.
Mis amigos hablan de unas madres de estos dioses.
Los concibieron sin más padre que un espíritu;
de ahí que esas mujeres persigan,
sobre otros carros donde se apilan tesoros y baratijas,
los cuerpos hostigados de sus hijos,
dioses pobres que, medio en cueros,
piden perdón para la gente que los mata
y los aclama y los llora y les canta
una clase de súplica
en alguna lengua muy semejante al árabe.

Esta es la paradoja
que ante sus creencias planteo a mis amigos:
Vosotros -les increpo- sois fervorosos de una divinidad
que posee muchos nombres,
que tiene padre y madre y no es hijo
de semen humano ni divino ni de bestia,
que es hombre, pero nació de mujer y paloma.
Ellos me miran tal si fuera un bobo
y me explican extrañas fiestas
en las que una jarra de vino y una hogaza de pan

son la carne y la sangre de su dios pobre, tan pobre
que sólo un sorbo y un bocado al día les concede.
Ellos me repiten una vez y otra que así comen y beben
del dios suyo hasta el hartazgo,
pero yo recuerdo banquetes
-aquí en mi casa y allí, en la de Margot la gorda-
en los que el licor reventaba por sus fauces,
irrefrenables ante el cerdo y el cordero.
Incluso he soportado su arrogancia
cuando, ciñéndose ebrios a la cintura de alguien joven,
excusaban sus idas y venidas
despreciando mi vergüenza de tullido.

Los carros de sus dioses
y los de las madres de sus dioses,
expuestos en la calle entre la muchedumbre,
me hacen creer que estos bárbaros,
salvajes amigos míos,
han hecho de su doctrina una farra patética
en la que sus desfiles por más allá del río
no son sino miedo: el que a Deméter deben
los conversos a una secta de moda.
Ahora, algunos de ellos me reprochan estos versos
y me tachan de intruso y mal nacido.
Cierto es que yo les solicité su amistad,
pero es más cierto que no les pedí sus dioses.
Tengo por bastante desconfiar incluso de mi ateísmo,
o de ese otro modo de robar tiempo a la nada
que para mí es el cubil donde Zeus y su recua
confitan el mito y la bazofia en una cacerola vacía.

Los ungidos por el dios o los dioses de mis amigos
-tampoco ellos recuerdan el número-
sostienen que cuando el viento sopla
caen las hojas de los árboles.
Les contesto que es mentira,
que las hojas caen porque están ahí,
en las ramas de los árboles,
y porque los árboles nacen y mueren de la tierra.
El viento es sólo un accidente, les digo,
y su verdad última resulta tan escudriñable
como la de la propia tierra.
La lógica es para ellos como el pan
y el vino de sus fiestas sagradas:
un cocimiento en el que bucean pellejos de Juan y de Mateo,

gentes de más allá del río
que ni comieron de Sócrates ni rumiaron sus tripas.

Más por molestarme
que por aliviar la herrumbre que me mata,
algunos, en apariencia díscolos para quienes me censuran por
[sacrílego,
desean cruzar el río con la imagen de su dios a cuestas,
traerla hasta la puerta de mi casa,
y que así yo pueda mirarla y ella verme,
como si la terracota
distinguiera a un hombre enfermo de un perro tiñoso.
He optado por rechazar su ofrecimiento
acusando a mi perro de viejo y doliente de moquillo,
pero la verdad es que me aterran
los milagros de las divinidades modernas,
porque suelen delatar su inexperiencia
y cabe que yo termine aullando a las estrellas
y la jauría de mis canelos leyendo *Eautontimoroúmenos*.
Además, ¿cómo convencer a mi esposa
de que todas las mujeres que acompañan al dios
de mis allegados son una madre única,
y no un tropel de amantes deslucido
que llama a mi puerta para reprocharme
no sé bien qué deudas con sus cuerpos?

II

Mis amigos hablan de más allá del río.
Cuando joven, dedique las noches de un verano
a deambular por el paraje.
Con el calor, las mujeres refrescaban sus jirones
y encendían candelas y cantaban a la luna.
Era el río un relámpago de imágenes,
un desfile de sombras fluyendo hacia la muerte.

Si masco la mandrágora, libre del dolor,
recuerdo ese verano y un torrente.
Mi vida era un templo en mitad de una viña,
y otro río, no éste, me empujaba a la noche
que era el mar de mis días;
era mi casa un retorno,
y, desde el jardín, un sueño de cerezas
respiraba aguardándome.
¿Por qué ahora llegan mis amigos

para contarme los vicios de sus ángeles fluviales;
ahora, cuando tiempo y ánimo me son negados
por aquél que ellos dicen señor de la luz y las tinieblas?
Yo crecí al cuidado de los dioses prudentes de mis deudos
-la razón y el amor, la duda y el entendimiento-,
que sabían de su destino por cómo se agolpa
la sangre en la arteria de un cabrito,
o cómo late el corazón recién sajado
de un pájaro blanco tal el alba
de los que se aman en la noche;
por el vuelo de las aves y el rumbo de las nubes
y el brillo de los astros,
por un limo rojo en las aguas del río
con el que pretenden enturbiarme éstos,
amigos míos y de la incertidumbre;
éstos, los que me exponen al destello
de su piedad de atolondrados.
¿Qué calamidad les procuré
para que deseen las aguas de su río
sobre mi cabeza de carne que se pudre,
sobre mi cuerpo que fermenta al paso de los días,
que se avinagra y no soporta la belleza
que las horas van robándole
al mundo y a cuanto en él pudo contentarme?

III

Mis amigos hablan de más allá del río.
Les digo que mienten,
aunque también sea cierto que yo miento escuchándoles,
del mismo modo que miente su amor el gato
cuando mira incrédulo al pez en la mano del dueño.
¿Qué festín de sardinas y despojos
me ofrecen éstos al hablarme de las proezas de sus dioses,
si el gajo de su fe termina en una multitud de carros
[perseguidos?
¿Por qué el ajetreo de sus dioses
es nocturno y arranca desde los arrabales
sólo si Venus brilla en el reino de la noche?

Los dioses de mis padres eran ricos,
y el zumo de sus misterios está en Delfos
como un vino que emborracha
a quienes desean escudriñarlo.
¿Por qué éstos, amigos míos, comen y beben de su dios

sin saber lo que ocurrirá mañana?
Yo soy hijo de la nieve y sé -todo a su tiempo-
que con ella habré de fundirme
cuando el calor reclame sus denarios.
Ése fue también mi precio,
no mayor que el de un dios crucificado.

Primavera sin Eliot

"Abril es el mes más cruel, engendra
lilas de la tierra muerta..."
T. S. Eliot. *Tierra baldía*

La belleza del número perfecto
algún griego calcula frente a Samos,
la verdad infinita que buscamos,
el fulgor de la idea sin defecto.

El abril del inglés es el efecto
y la causa las lilas que pisamos.
Esa tierra baldía condenamos,
regalo de la muerte a lo imperfecto.

La lilas y los números, el uno
y las flores, espuma que ninguno
hallará por los mares del soneto.

Pitágoras con Eliot y Neptuno,
las sílabas y el ritmo. ¿Sabe alguno
si después de todo esto queda un reto?

Porto da baleeira

Este sur que el viento arrasa
aquí concluye, y el mar
aquí otro mundo abre
donde acaso el viento noticia tenga
de algo o alguien.

No hay más allá,
pero los que a este sur llegaron
aquí aguardan no saben qué ni desde cuándo.

Las mareas traen algas
y mensajes no atendidos,
pues ninguno supo cuál era la respuesta
que conviene ante la nada.

Si rastro hallaras, que no sea tuyo.
Ignora cuánto aguarda
por nosotros el olvido.

Fortaleza en Sagres

No halle el tiempo
memoria en esta piedra.
Tal sombras, pósanse junto a las aves
el camino y los viajeros.
Los hombre trazan
raros signos de su paso,
pero signo y hombre serán nada
si la lluvia vuelve y dulce
a uno y otro torna en lodo.

Sobre esta piedra
que el mar rodea como amante,
alguien díjose inmortal
disponiendo puentes y murallas
y un faro y una estatua;
alguien para quien ni hubo hueco
donde ahora quepa, si algo fue,
cuanto de él nos queda:
cifras, palabras en las que otro cuenta
que era hijo de Catalina y Pedro, de Castilla,
esposo de Magdalena, muerto...

La lluvia borra
cada invierto otra palabra,
y si el mar sube
todo queda en limo,
cieno, silencio, nada.

Mar de invierno

Nada supimos de esta playa sino el mar,
bajo sus olas cantan los ahogados
la canción del huérfano,
la de quien busca un puerto donde halle vino
y sexo y dulces y noticia de otro mundo,
tal halla su alimento un pez
en el fondo del abismo.

Los mejores de nosotros saben
cómo abrir un paso hacia la costa,
por más que llegar no sea
sino el comienzo de un viaje.
Si en tierra dejaste amigos, cartas,
el fuego que tu casa enciende
como a tu corazón la música,
en el mar la nada te aguarda intacta
y en sus aguas disuelto serás nadie.

Así el frío anegue tus arterias,
así seas parte del festín de las doradas,
así a la sal retornes, cuerpo mío,
pan nuestro y de la tierra.

Penumbra del cuervo

No del árbol jugoso, ni del fruto
que como vino de fiesta al corazón ciñe;
no del mirto, ni de la vid encendida
tal cuerpo en mitad de la noche
que pide más y álzase del sueño y bebe
y canta y duerme y al olvido torna;
no del aire que hacia tu casa empuja
a quien late contigo y con su mano corta
al diablo de la tarde que los violines regalan;
no de este mundo, sino del mundo que también es éste
y de los mundos que así conjugan
nada y todo y cuanto pudiste ser;
no contigo, del viento que a las sombras barre
y te despide y sombra nueva pone si la tuya dispuso;
no de la noche, sino del sueño y de sus cómplices,
cuerpo mío, mi corazón, que como vino en la fiesta
abres la danza, un paso apenas del baile final.

Nota bene

Las veinticinco horas, o veinticinco poemas, de este día imaginario, último acaso en la vida de alguien, comienzan y concluyen en dos penumbras, la de la paloma y la del cuervo respectivamente.

En la nomenclatura judía, sostiene Borges citando a De Quincey (1), la penumbra de la paloma y la penumbra del cuervo son dos formas metafóricas de aludir al alba y al ocaso, límites del día.

Sin embargo, este día -el mío, el aquí escrito- añade un poema, o una hora, que el lector considerará de más. No le animo a tal consideración, puesto que elegí el número 25 deliberadamente, para respetar así a otro número, el 24, escogido por alguien seguramente porque es múltiplo de 6, el primer número perfecto, según la Hermandad Pitagórica; el utilizado por Dios para determinar la duración de su obra creadora, proclama cierta mitología.

(1) Ver "Notas" en *Fervor de Buenos aires*; concretamente, la que enmienda cierta inexactitud del poema "Calle desconocida". J. L. Borges. *Obra poética*. Emecé editores. Buenos aires. He manejado la 22ª edición. Barcelona, 1999.